

Historia de la crucifixión

Pío Gómez Moreno (Q.E.P.D.); Pío Iván Gómez Sánchez*

En estos días se impone un poco de reflexión, especialmente en nuestro país tan maltrecho últimamente, por eso he querido desempolvar un escrito en el que ayudé hace varios años a mi padre, quien fuera un verdadero estudioso de la historia de la Medicina y quien me inspirara no sólo en el arte de la Medicina sino en el de la pluma, artes que enmarcaron siempre su ejemplarizante transcurrir por esta vida.

En una reliquia histórica que reposa en nuestra biblioteca tenemos un libro llamado; “La vida de Jesús”, escrito entre 1863 y 1879 por Ernesto Renán, nacido en Tréguier (Francia) y de allí extractamos las siguientes frases que servirán de introducción a este escrito: “La atrocidad en la muerte de la cruz era que se podía vivir tres o cuatro días sobre ese escabel de dolor. La hemorragia de las manos se detenía pronto, y no era mortal”.

“La verdadera causa de la muerte residía en la posición antinatural del cuerpo, la cual originaba una alteración espantosa en la circulación, terribles dolores de cabeza y del corazón y finalmente la rigidez de los miembros. Los crucificados de complejión fuerte podían dormir, y no morían sino de hambre. La idea capital de este cruel suplicio era, no la de matar directamente al condenado por lesiones determinadas, sino la de exponer al esclavo clavado por las manos de las que no había sabido hacer buen uso y dejar que se pudriera en el leño. Pero el organismo delicado de Jesús le preservó de esta lenta agonía. La sed fue debida a su gran hemorragia”.

Aunque el motivo causal de la muerte de Jesús fue absolutamente religioso, sus enemigos habían conseguido presentarlo en el pretorio como reo de delito de Estado; porque no hubiesen logrado del escéptico Pilato una sentencia por causas heterodóxicas. Si la sentencia que condenaba a Jesús hubiese sido puramente mosaica, se le habría *lapidado*.

La crucifixión

De **Crux-Crucis**, cruz y **figere**, fijar; la crucifixión sobrepasa todo lo que nosotros, en esta era cristiana, podemos imaginar, fue simplemente un monstruoso asesinato legal, cumplido en el hijo de Dios, semejante al cual no ha habido ninguno en la historia ni podrá haberlo jamás.

La ley mosaica proclamaba: “Es maldito de Dios el que está colgado del madero” (Deuteronomio XXI; 23). El hombre antiguo odiaba y despreciaba el dolor y por eso la muerte de cruz, la más dolorosa, era también la más ignominiosa. Los romanos no sabían de piedad y la compasión para ellos era una señal de inferioridad. A pesar de esto, los mejores entre ellos condenaban la pena de la cruz por su crueldad.

La visión terrible por parte de Jesús de los horrores y tormentos que le esperaban, de la amarguísima muerte, como también la espantosa visión de la historia de la humanidad, de la vida de su iglesia; el hecho de la sudoración de sangre o hematidrosis que hizo que corpúsculos de sangre penetraran en los capilares de las glándulas sudoríferas, hasta chorrear por el suelo verdadero líquido hemático, episodio experimentado en la Oración del “Huerto de los Olivos”, y también la flagelación o maceración de tejidos que liberaron potasio, causaron una tremenda turbación del sistema nervioso. La imposición de cargar consigo el pesado madero de la cruz -por arduos y tortuosos caminos- aumentó el estrés psico-físico.

Según juicio de Cicerón, ningún ciudadano romano podía ser legalmente fijado en la cruz; llamaba a la muerte en este madero, la pena más tremenda y nauseabunda, porque los pobres condenados no morían de una vez sino “perdían la vida gota a gota” según expresión de Séneca.

Un ciudadano romano tan sólo podía ser decapitado, y así exclamaba Cicerón: “Que un ciudadano romano sea atado es un abuso; que sea golpeado, es un delito; que sea matado es casi un parricidio. ¿Qué diré, pues, si es suspendido en la cruz? A cosa tan nefanda no se puede dar un apelativo adecuado”.

Según la ley romana era la más atroz de las muertes y se reservaba a los peores malhechores de la clase de los esclavos. Sin embargo, resulta que de hecho más de una vez fueron pendidos de la cruz ciudadanos romanos, y hasta parece que legalmente, incluso los libertos y ciertos provincianos podían ser condenados a la cruz aunque fueren de la ciudad de Roma.

Orígenes de la Crucifixión

En páginas historiadas hemos escudriñado el hundimiento de las raíces de este ominoso martirio en el cual fue sacrificado el ser más controvertido y afirmativo de la humanidad. Antiguos autores, especialmente roma-

* Profesor Asociado. Director Departamento Ginecología y Obstetricia. Universidad Nacional de Colombia.

nos, afirmaban que tal suplicio se había originado en las costumbres púnicas (Cartago). La crucifixión había entrado a Palestina mucho antes de los tiempos de Jesús y la sufrieron los Judíos Palestinos cuando tuvieron sus primeras relaciones con los romanos, especialmente en el año 63 antes de Cristo, fecha en la cual Pompeyo el grande expugnó a Jerusalén y dio organización política a toda la región.

Antes de aquella época se había conocido el *empalamento*, consistente en espetar, vale decir clavar o atravesar con un instrumento puntiagudo, a la víctima, pena muy común en los imperios babilónicos y asirios, de la cual se derivó verdaderamente la crucifixión.

Mucho antes, el suplicio de la cruz se practicaba en Grecia y Egipto, de donde lo difundieron los Fenicios. Era la pena ordinariamente reservada a los esclavos y sólo por delitos muy graves, a punto de que el esclavo era llamado irónicamente *furcifer*, término éste derivado del latín: **Furca**, horca y **Fero**, llevar. Por eso los esclavos decían: "sé que la cruz será mi sepultura, ahí están clavados mis ascendientes, padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos".

Diversas formas de cruces

La cruz era un suplicio romano, reservado para los esclavos y para los casos en que se quería agravar la muerte añadiendo ignominia. La primigenia cruz entre los romanos tenía la forma de una horquilla (*Furca*); la víctima era suspendida o fijada por las manos en las ramas bifurcadas del árbol. Posteriormente las cruces se hicieron cruzando dos vigas; se ataban las manos de los condenados a la viga transversa (patíbulo), se le conducía a través de las calles con cordeles y se señalaban las calles más célebres, para dar así ostentación a las ignominiosas ceremonias.

En los tiempos de Jesús existían tres clases de cruces, a saber: la **Immisa**, la **Commisa** y la **Decussata**. La primera, así denominada refiriéndose a la parte superior o remate, su nombre se originó en el verbo latino **Immittere**, dirigirse hacia arriba, rematar; la segunda o **Commisa**, igualmente generada del verbo latino **Committere**, unir en un punto, juntar varios en un todo, ensamblar; la **Decussata** originada del latín **Decussare**, cruzar en forma de aspa (Cruz de San Andrés).

Parece que la cruz *Immisa* fue la empleada en la crucifixión de Jesús. En esta cruz se distinguen dos partes a saber: el palo vertical hincado en tierra y el palo horizontal, "patíbulo" o "antena". Este nombre tiene como explicación la siguiente: en tiempos antiguos se usaba para castigar a los esclavos un palo que ordinariamente se aplicaba a la puerta de la casa para barretarla y que al retirarlo, la puerta se abría (patebat).

Para tales castigos los primitivos habitantes de Lacio habían usado también la *Furca*, horca, empleada para apuntar los grandes carros agrícolas. De ahí que *Furca* fuese sinónimo de patíbulo, siendo este vocablo muy distinto al anterior.

El palo horizontal o verdadero patíbulo como lo hemos llamado antes, se unía en un segundo tiempo al vertical; éste no era totalmente liso y plano, hacia su mitad sobresalía un toско y robusto madero llamado en griego **Pegma** y en latín **Sedile**, asiento en que se apoyaba a horcajadas el crucificado. Esta saliente a manera de cuerno de rinoceronte era necesaria para evitar que el cuerpo de la víctima pendiera únicamente de los clavos.

Algunos artistas cristianos (escultores y pintores) han representado la crucifixión colocando un *suppedaneum* o tarima, el cual podía ser el sustituto del *Sedile*. Arqueológicamente este aditamento es falso, y como sostén para el cuerpo del fijado en la cruz no representaba ningún apoyo. Los verdugos que en el curso de sus vidas se tornaban expertos, se solazaban colocando a sus víctimas en la cruz en diferentes formas o posiciones. El espectáculo de esta tortura era a veces repulsivo hasta para los propios verdugos, quienes precipitaban al fin la muerte de sus víctimas traspasándolas con una lanza o rompiéndoles sus piernas (Crucifragio); en veces les daban golpes violentos sobre el corazón o encendían hogueras en torno a las cruces para que el humo asfixiara a los pendidos en la cruz. Este método creó a los llamados verdugos sarmentarios, de *Sarmentum*, que usaban las zarzas de la vid para alimentar el fuego.

Más del campo médico surge aún la pregunta: ¿Cuál era la principal causa de la muerte del condenado a la cruz? ¿De qué murieron aquellas decenas de millares de esclavos que se sublevaron al mando de Espartaco, y a quienes el conductor romano Licinio Crasso, después de una victoria aplastante, hizo crucificar en doble fila a lo largo de la vía Apia? ¿Y cuál fue la causa directa de la muerte de los miles de hebreos fugitivos de Jerusalén asediada en llamas, que Tito Flavio, el general romano, hacía crucificar por centenares cada día?

En los ahorcados sabemos que la muerte se produce por sofocación; también la muerte en la guillotina o en la silla eléctrica es comprensible. Ledenyi, profesor de anatomía de Presburgo (Bratislava), descubrió que la prolongada extensión de los brazos (como sucede en la crucifixión) reduce notablemente la respiración por la insólita tensión del diafragma, de manera que esto solo, ya conduce a la sofocación y a la cianosis.

El doctor Barbet ha demostrado que las heridas de las palmas de las manos de los crucificados se hallan exactamente en el carpo, entre la primera y la segunda fila de los huesos carpales, sitio denominado espacio de Desdot. En esta posición la resistencia es más fuerte por las ligaduras volares y dorsales del carpo, las cuales unen sólidamente el conjunto óseo de la mano.

En los condenados a cruz, el suplicio consistía precisamente en la suspensión completa por el carpo de las manos, clavado al leño; el peso del cuerpo producía terribles calambres generales, causados por una completa tetanización de los músculos estriados. Los calambres comenzaban en los músculos del antebrazo que en vano hacían por sostener el peso desproporcionado del cuerpo suspendido; después seguían esas contracciones a los

músculos del brazo, a los del pecho, al torso, al abdomen y finalmente a las extremidades inferiores.

Estas contracciones traían un inmenso dolor porque en las extremidades los nervios permanecían fuertemente comprimidos y la circulación de la sangre, por esos calambres que oprimían los vasos sanguíneos, se hacía fatigosa e insuficiente. La completa y continua contracción de los músculos llevaba a la fatiga de los mismos, perturbación de los mecanismos energéticos necesarios para la relajación, acúmulo de ácido láctico, o sea acidosis, además de hipoxia o anoxia por vaso-constricción debida a la fuerte contractura muscular, la cual ocasiona más acidosis y dolores agudos. Todo ello, sin que el ejecutado perdiera plena conciencia.

Factores que pudieron causar la muerte de Cristo

Pese a los dolores físicos espantosos que causaban la crucifixión, no afectaba directamente ninguno de los órganos vitales del organismo. ¿Cuál fue entonces la causa inmediata de la muerte de Cristo? Eusebio, historiador eclesiástico, sugiere el hambre, lo cual es evidentemente erróneo; otros han mencionado la sed, causa de torturas indescriptibles en las víctimas que quedaban retorciéndose colgadas en el madero con fiebre alta, a veces durante ocho días seguidos.

La fiebre vulneraría por sí sola y por alta que fuese, no podía ser causa inmediata de muerte; otros sugieren que la causa de la muerte tenía que ser la extenuación y

fatiga motivadas por los intensos dolores, o quizás la pérdida de sangre. Pero el cuerpo humano contiene algo más de cinco litros de sangre, y puede perder casi la mitad de esa cantidad y seguir viviendo. Es posible calcular que estando en la cruz la víctima no perdiera tanta sangre, tal vez apenas un cuarto de litro; y aunque no podemos calcular la cantidad de sangre que perdió Jesucristo, cuando fue azotado antes de la crucifixión, las heridas de la crucifixión no acusaban ni remotamente una pérdida mayor. Consideramos pues, que no debe admitirse la hipótesis de que la víctima se desangrara en la cruz. La dilatación del diafragma se comprueba por el hecho de que el epigastrio sufrió una depresión, en tanto que el hipogastrio se hallaba dilatado o prominente. El profesor Babor comprobó en experimentos que el diafragma había descendido cerca de 8 cm y pudo ofrecer pruebas fotográficas de respiración laboriosa y de funcionamiento dificultoso del corazón en personas que voluntariamente se dejaron pender de la cruz por poco tiempo.

Se puede concluir de esto que la muerte de Cristo fue sobremanera dolorosa: con pleno conocimiento de sí mismo, sufrió las contracciones desgarradoras que se extendieron hasta el diafragma y a todos los músculos expansores y compresores del tórax cuya coordinada contracción alterna, produce la respiración. Causas, entre otras (ver gráficas), de la muerte de Jesús en la cruz, fueron la asfixia y la supresión de las funciones cardio-circulatorias.

ANALISIS DE LOS FACTORES QUE PUDIERON SER CAUSA DE LA MUERTE DE CRISTO



